

## 34—Una súplica en favor de la unidad

«ESTAS COSAS HABLÓ JESÚS, y levantando los ojos al cielo, dijo: “Padre, la hora ha llegado: glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti, pues le has dado potestad sobre toda carne para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera. He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra”».

¡Qué glorioso elogio!: «Han guardado tu palabra”. Sería un gran honor que se diga esto de nosotros. Pero muy a menudo el yo se interpone esforzándose por alcanzar la supremacía.

---

Sermón predicado en Berrien Springs, Michigan, el 22 de mayo de 1904.  
Manuscrito 52, 1904.

Esta fue la última oración de Cristo con sus discípulos. Fue ofrecida precisamente antes de que él se dirigiera al Getsemaní donde sería traicionado y apresado. Cuando llegó al Getsemaní cayó a tierra, postrado en una dolorosa agonía. ¿Qué causó esa agonía? El peso de los pecados del mundo descansaba sobre su alma. Mientras estudiamos esa oración, recordemos que fue precisamente antes de esta experiencia, y antes de que fuera traicionado, que se pronunciaron esas palabras.

En Getsemaní, Cristo creyó que estaba siendo separado de su Padre. El abismo era tan ancho, tan negro, tan profundo, que su espíritu tembló estando al borde. Él no podía ejercer su poder divino para escapar de aquella angustia. Como hombre debió sufrir las consecuencias del pecado del ser humano. Como hombre debían enfrentar la ira de Dios.

Observémoslo mientras contempla el precio a ser pagado por el alma humana. En su angustia él se aferra del frío suelo como si quisiera impedir ser llevado más lejos de Dios. El frío rocío de la noche cae sobre su postrado cuerpo, pero él no le presta atención. De sus pálidos labios sale el amargo pedido: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa”. Sin embargo, ahora añade: «Pero no sea como yo quiero, sino como tú».

El corazón humano busca consuelo en los momentos de dolor. Ese anhelo lo sintió Cristo en lo más recóndito de su ser y acudió al lugar donde había dejado a sus discípulos. Si los hubiera encontrado orando se habría sentido aliviado... Pero

estaban durmiendo. Ellos no podían consolarlo. Una vez más acudió a ellos, pero de nuevo los encontró durmiendo.

Dándose vuelta, Jesús volvió a su lugar de retiro y cayó postrado en tierra sobrecogido por el horror de una tenebrosa oscuridad. Lo humano del Hijo de Dios temblaba en esa hora de prueba. Oró para que la fe de los discípulos no flaqueara, no tan solo por su propia alma tentada y agonizante. Había llegado el momento pavoroso, el momento que iba a decidirse el destino del mundo.

La suerte de la raza humana pendía de un hilo. Cristo aún podía negarse a beber la copa reservada para el hombre culpable. Aún no era demasiado tarde. Él podía enjugar el sanguinolento sudor de su frente y abandonar al hombre para que pereciera en su iniquidad. Podía decir: «¡Que el transgresor reciba la condena por su pecado, que yo regresaré a mi Padre!»

¿Beberá el Hijo de Dios la amarga copa de humillación y angustia? ¿Sufrirá el inocente las consecuencias de la maldición del pecado con el fin de salvar al culpable? Las palabras salen temblorosas de los pálidos labios de Jesús: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú».

Él acepta su bautismo de sangre para que a través de él los millones que perecen puedan obtener la vida eterna. Él había abandonado los atrios celestiales donde todo es pureza, felicidad y gloria para salvar a la oveja perdida: al mundo que ha caído por causa de la transgresión; y no cejará en su misión. Él se convertirá en la propiciación por una raza que había escogido pecar.

De esa forma el Hijo de Dios se entregó por nosotros: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado» para que no perezcamos. Pensemos en los sufrimientos que tuvo que soportar por nosotros, y mientras lo hacemos debemos recordar que somos partícipes de ese sufrimiento, para finalmente compartir su gloria. Él dice: «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame».

¿Cuánto hemos sufrido por Cristo y por nuestros semejantes? Al ir de lugar en lugar contemplando la necesidad y lo pecaminoso de los seres humanos, ¿hemos estado dispuestos a soportar dificultades y privaciones por los demás?

***Glorificados en nosotros.*** «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera. He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado proceden de ti, porque las palabras que me diste les he dado; y ellos las recibieron y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos» [Juan 17: 5-10].

¿Acaso alcanzamos dicha norma? ¿Acaso no hemos dejado de glorificar a Dios al no seguir a Cristo en medio de la negación y el sacrificio? ¿Estamos dispuestos a llevar nuestra cruz? ¿Estamos dispuestos a morir al yo, a ser crucificados con Cristo? Hemos de participar en los sufrimientos del Redentor antes de que se nos permita entrar a la ciudad de nuestro Dios.

***Santificados mediante la verdad.*** «Ya no estoy en el mundo; pero estos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera. Pero ahora vuelvo a ti, y hablo esto en el mundo para que tengan mi gozo completo en sí mismos. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los odió porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo» [Juan 17: 11-16].

Los seguidores de Cristo no deben creer que pueden hacer lo mismo que el mundo: siguiendo las inclinaciones naturales del corazón, viviendo en orgullo y egoísmo y aún ir al cielo. Dios desea que nos apartemos de todo aquello que deshonre su nombre ante el mundo.

«Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad» [Juan 17: 17-19].

Es el privilegio de toda alma aquí presente ser santificada mediante la verdad. Esa santificación deben poseerla todos los que entren en las mansiones de gloria. Nuestro mundo está lleno de errores. Satanás ha descendido con gran poder y obra mediante todo engaño e injusticia. Pero no tenemos por qué ser entrampados por él. Debemos ser fortalecidos en Cristo y santificados mediante la verdad.

El Señor podría considerar que es necesario someternos a un proceso de purificación para que así alcancemos completa armonía con Cristo. Es mi plegaria que los corazones de los presentes podamos ser llenados de un intenso deseo de ser santificados por el Espíritu, y podamos todos ser conducidos a una completa unidad con Cristo, y del uno con el otro.

Mis hermanos y hermanas, pronto ustedes se separarán para el trabajo veraniego: algunos en el ministerio, otros en la enseñanza y otros más en diversas otras ocupaciones. Antes de que nos separemos espero que hayamos tenido el testimonio del Espíritu Santo de habernos todos apropiado del poder divino y de que estamos en paz con Dios. Nuestros corazones tiene que haberse llenado de la paz «que sobrepasa todo entendimiento».

«Para que todos sean uno». «Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como

tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» [Juan 17: 20, 21].

¿A que unidad aluden estas palabras? Unidad en la diversidad. Nuestras mentes no funcionan en el mismo canal y tampoco se nos ha encomendado la misma tarea. Dios le ha asignado a cada ser humano su tarea de acuerdo con sus habilidades. Hay diferentes tipos de labores a realizar y se necesitan obreros de diversas capacidades. Si nuestros corazones son humildes, si hemos aprendido a ser mansos y humildes en la escuela de Cristo podremos andar con esfuerzo por la estrecha senda que se nos ha trazado.

Dios desea que mostremos un ferviente deseo de salvar a aquellos que están por perecer. Si hay alguien que ha cometido algunos errores, nuestros corazones deben sentir compasión por él. Deberíamos permitirle que compruebe que sentimos por él ese amor que fue revelado en la vida de Cristo. Podríamos pensar que un hermano ha hecho algo muy malo. Y quizá lo haya hecho. Pero, ¿creen que ustedes lo harán reconocer su error al evitar su compañía, al abandonarlo para que el enemigo pueda trabajarse sus pensamientos y su conciencia? Deberíamos intentar acercarnos a él todo lo que podamos. Deberíamos atraerlo a Cristo mediante todo el poder para ganar almas que Dios nos ha concedido, recordando que nosotros mismos hemos cometido errores y nos hemos desviado del camino. Todos hemos tenido nuestros momentos de dificultad, de ceguera, de aflicción.

Hay poder en la verdad. Hay poder en el amor de Dios que hace se disipen los nubarrones, permitiendo que la luz de la presencia de Dios llegue al corazón de aquel que yerra.

«Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno» (Juan 17: 22). Piensen en las posibilidades encerradas en estas palabras. Cristo jamás nos pide más de lo que podamos lograr con el poder que él nos da gratuitamente. ¿Acaso no marcharemos vestidos de su justicia mientras vamos de un lugar a otro? Él nos exhorta a que valoremos su tierna compasión y su amor para que toda diferencia, toda barrera que separe las almas, pueda ser derribada. Todos deben afirmar sus pies en la plataforma de la verdad eterna y luego pedir a Dios que llene sus corazones con el amor que se encuentra en el corazón de Cristo. No podemos permitir que se coloquen piedras de tropiezo en la senda de nadie. No podemos por nada del mundo permitir que el gran Juez de todo nos cargue a nuestra cuenta ninguna ocasión de tropiezo que haya hecho caer a alguien.

«Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» [Juan 17: 23].

¿Se dan cuenta de lo que quiero decir? El Padre ama a los seres caídos igual que ama a su propio Hijo. Él nos ama tanto que no se aparta de nosotros ni cuando

andamos tropezando en las tinieblas y el error. Ustedes podrían decir: «Cuando mi hermano con quien difiero, asuma determinada actitud, entonces lo aceptaré de corazón». Pero quizá ustedes tengan que amarlo de corazón antes de que él llegue a ese punto.

«Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo esté, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, pues me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos» [Juan 17: 24-26].

### **Cristo traicionado**

«Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto en el cual entró con sus discípulos. Y también Judas, el que lo entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. Judas, pues, tomando una compañía de soldados y guardias de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas, antorchas y armas. Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les preguntó: “¿A quién buscáis?” Le respondieron: “A Jesús nazareno”. Jesús les dijo: “Yo soy”. Estaba también con ellos Judas, el que lo entregaba. Cuando les dijo: “Yo soy”, retrocedieron y cayeron a tierra» [Juan 18: 1-6].

¿Qué hizo que ellos cayeran a tierra? No pudieron soportar el brillante relámpago producido por los ángeles de Dios que estaban presentes, por lo que cayeron a tierra. Eso debía haber sido suficiente para detenerlos, pero no lo fue.

«Volvió, pues, a preguntarles: “¿A quién buscáis?” Y ellos dijeron: “A Jesús nazareno”. Respondió Jesús: “Os he dicho que yo soy. Si me buscáis a mí, dejad ir a estos”. Esto dijo para que se cumpliera aquello que había dicho: “De los que me diste, no perdí ninguno”» [Juan 18: 7-9]. Cristo sabía lo débiles que eran sus discípulos por lo que trató de protegerlos de tentación y pruebas. Él estuvo dispuesto a sacrificarse por ellos.

Les ruego que piensen en los sufrimientos de Cristo y que eliminen las diferencias que podrían tener con sus hermanos. Este es el mensaje que tengo para ustedes hoy. Borren toda diferencia para que el Espíritu Santo pueda entrar en los corazones de ustedes. No queremos que nadie abandone nuestras filas porque no hayamos hecho todo lo que esté a nuestro alcance para salvarlo. ¡Qué gran obra podría realizarse si todos nos uniéramos!

Todos tenemos diferentes personalidades y no debemos juzgarnos unos a otros. Si creen que alguien los ha ofendido acudan a la persona en cuestión y díganle: «Quiero que eliminemos todo aquello que se interpone entre nosotros». Oren con él diciendo: «Señor Jesús haznos uno contigo. Deseamos participar de tus

sufrimientos y de tu amor. Deseamos trabajar por nuestra mutua salvación. Deseamos que tu ternura y piedad llene nuestros corazones para que toda barrera entre nosotros sea derribada”.

### **Cristo, nuestro ejemplo**

Cuando observo lo que el Salvador ha hecho por nosotros, considero que no puedo permitir que se pierda un alma mientras yo pueda hacer algo por salvarla. Hay algunos a los que Satanás está tratando de descarriar. Acerquémonos a ellos; cuidemos de ellos fiel y tiernamente, orando con ellos con dedicación para que toda nube sea eliminada. El enemigo tratará de interponerse entre Dios y nosotros.

Hay muchos que necesitan el poder purificador del Espíritu Santo en sus corazones. Necesitan labios santificados y voces santificadas. Si ustedes observan a algún hermano que realiza una confesión, manténgase a su lado y anímenlo. No se alegren porque él haya sido llevado a humillarse mediante dicha confesión, ya que Cristo se avergüenza de dicha actitud.

Tenemos una gran obra por realizar. Los poderes de las tinieblas están siendo liberados en el mundo y es necesario que permanezcamos firmes como un solo hombre defendiendo la verdad. Nuestros pies deben estar firmemente asentados en la Roca eterna, de modo que no seamos zarandeados por el error que inunda al mundo.

### **Del mismo modo que él anduvo**

«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. En esto sabemos que nosotros lo conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: “Yo lo conozco”, pero no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en ese verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo» [1 Juan 2: 1-6].

Hermanos, ¿están ustedes caminando «como él anduvo»? Él estaba lleno de piedad, ternura y compasión. «Hermanos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio. Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando y la luz verdadera ya alumbra. El que dice que está en la luz y odia a su hermano, está todavía en tinieblas» [1 Juan 2: 7-19]. No deseamos que nadie nos abandone, si es que podemos hacer algo que esté a nuestro alcance por impedirlo mediante la mano de la fe. Trabajemos mediante el poder del Dios vivo para retenerlos en unión a su pueblo guardador de

sus mandamientos. Pero para hacer eso, debemos tener la santificación del Espíritu. Humillemos nuestros corazones delante de Dios. Arrepintámonos de nuestros pecados y convirtámonos. Les ruego por amor de Cristo que no empujemos a ninguna alma para que caiga por el precipicio.

La otra noche, en una escena que se me presentó, vi a alguien que se derrumbaba precipicio abajo. Un grupo lo estaba observando todo con indiferencia sin hacer esfuerzo alguno para salvarlo. Pero una mano, la mano de Cristo, se extendió y aquel hombre fue rescatado. Cristo lo aupó diciendo: «Aférrate de mí». Luego colocó las manos del hombre rescatado en las de sus hermanos que estaban cerca, diciendo: «Lo he alzado para que permanezca en terreno firme. Trabajen por la salvación de las almas, para que ustedes también permanezcan en terreno firme delante de Dios».

El Señor no desea que ni una sola alma perezca. Cristo derramó su sangre para limpiar de pecado a todo ser humano. Aferrémonos de la mano del poder infinito y levantémonos con la fortaleza de Dios para proclamar el último mensaje de misericordia a un mundo que perece.

Aquellos cuyos corazones están llenos del amor de Dios, han de ser pacientes y misericordiosos en su trato con los demás. ¿Acaso hay alguien que desea ser contado con los no creyentes el día que Cristo venga? Para todo seguidor de Cristo es de capital importancia hacer suya la experiencia de ganar almas para él. No podemos actuar de manera que quienes están fuera del redil no se sientan confiados para aferrarse de la esperanza del evangelio.

Hermanos y hermanas, oren como nunca lo han hecho para que el Espíritu Santo se manifieste en esta reunión, y para que todos los corazones sean conmovidos. No es que únicamente haya entre nosotros dos o tres casos de división o de malos entendidos. Hay muchos que abrigan desconfianzas y sospechas. Han tratado de identificar las fallas ajenas, aun cuando ellos mismos tienen muchas deficiencias. Si se hubieran examinado a sí mismos habrían encontrado que están abrigando un espíritu que no es el de Cristo.

Los ángeles de Dios están aquí hoy, observando ansiosamente para ver cómo recibirán ustedes las palabras del evangelio. También están aquí los ángeles malos, dispuestos a realizar su maligna labor en las mentes de todos los que escuchan sus insinuaciones. Si ustedes no han encontrado la libertad de Cristo, si sus corazones no se han vaciado de toda amargura, enojo, malicia y egoísmo, ahora es el momento de que realicen todos los esfuerzos posibles para arrepentirse. Dios los está llamando. «Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón».

Mis hermanos, ¿no harán ustedes un esfuerzo para despojarse de las diferencias que los separan? ¿No se humillarán ustedes delante de Dios, e intentarán rescatar a toda alma tentada por el enemigo? No dejemos abandonada ni a una sola alma en el campo de batalla. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, vayan a trabajar

en la forma en que Dios les ha señalado para que reciban el derramamiento del Espíritu.

Todo aquel que considere necesita aferrarse más firmemente de Dios, que desee separarse de sus inclinaciones naturales y cultivadas hacia el mal; que se ponga de pie aquí, en este momento, en busca de Dios. Les pido a aquellos que desean las oraciones del pueblo de Dios para que sus pecados sean perdonados y para que reciban el poder de lo alto, que se pongan en pie. Quizá por muchos años hayan profesado una religión, pero esa profesión de fe no tendrá valor alguno en sus vidas diarias si no viven de acuerdo con los principios de la verdad. Si hay quienes no han hecho profesión alguna, pero que desean ser liberados de los hábitos que los han esclavizado, deseo decirles que tienen el privilegio de solicitar las oraciones del pueblo de Dios. ¿Se pondrán ustedes de pie, testificando de esa forma que desean estar completos en Cristo? (Prácticamente toda la congregación se puso en pie.)

[La hermana White elevó la oración que sigue.]

«Nuestro Padre celestial, acudimos aquí en este momento tal y como nos encontramos, necesitados y dependiendo de ti, sabiendo, Señor, que tú eres un Salvador compasivo. Tú has realizado un sacrificio infinito para que tengamos vida eterna si tan solo cooperamos contigo. Te pedimos en el día de hoy que pongas en nuestros corazones el deseo de renovar contigo nuestro pacto con sacrificio. Ayúdanos hoy para que nos aferremos de ti con una fe viva. Aléjanos de todo aquello que pueda separarnos de ti.

«Nuestro Padre, tú sabes que te amamos. Vemos un mundo que está a punto de hundirse en el pecado y no estamos preparados para trabajar unidos contigo. Deseamos ser capacitados para tu servicio. Deseamos que el Espíritu Santo descienda sobre nosotros. Deseamos que las tinieblas se disipen de nuestros ojos, y que tengamos la clara luz del entendimiento.

»Te rogamos que bendigas a aquellos que se han levantado manifestando su deseo de prepararse para tu venida. Al salir ellos de este salón, permite que puedan buscarte en ferviente oración. Que en grupos de dos y de tres te busquen. Tú has dicho que dondequiera que haya dos o tres reunidos en tu nombre tú estarás allí. Oh Señor, concédeles el deseo de que clamen con fervor pidiendo el perdón de sus pecados, para que tú puedas decirles: “Tus pecados te son perdonados”.

»Te suplico que te apiades de cada temblorosa alma presente en esta congregación. Te pido, Salvador bendito, que despiertes el deseo de recibir el Espíritu Santo en el corazón de cada ministro del evangelio, de cada maestro, de todo aquel que profesa ser hijo tuyo; para que sean llenos de poder y para que vayan de casa en casa proclamando tu verdad. Permite que tu mensaje venga a nosotros, para que nuestros sentimientos sean despertados, para que reconozcamos el valor de las almas. Deseamos que cada uno de los aquí



presentes sea salvo. Que la luz que brilla del trono de Dios ilumine la mente y el templo del alma.

»Misericordioso Redentor, tú conoces a cada uno. Aquí hay algunos que están agobiados con las cargas que pesadamente recaen sobre ellos. Permite que se conecten contigo. Ojalá que coloquen su brazo en tu brazo y que se aferren de ti, el Todopoderoso. Aquel que ha dicho: “¿O se acogerá alguien a mi amparo? ¡Que haga conmigo paz!, ¡sí, que haga la paz conmigo!” [Isa. 27: 5]. Esas son tus palabras. Señor, muéstrales cómo humillar sus orgullosos corazones. Enséñales lo que significa quebrantar su voluntad ante Dios, para luego asumir tu voluntad. Ayúdales a echar sus desvalidas almas sobre los méritos de un crucificado y resucitado Salvador. Hazles ver la vida eterna.

»Permite que la dulzura de tu Espíritu Santo llegue a los corazones de tus ministros, para que tu amor misericordioso y conmovedor se manifieste en las vidas de ellos. Te pido que despejes todo aquello que les impide trabajar por la salvación de las almas. Pon en sus corazones y mentes el deseo de realizar contigo un pacto con sacrificio. En este momento, que el transformador amor de Cristo se manifieste aquí entre nosotros y que podamos oír aplicadas a nosotros aquellas palabras: “Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy”.

»Señor, tú sabes que los poderes del mal están actuando. Vemos que el mundo marcha hacia la perdición. Bautiza a tus ministros, bautiza a tus obreros con el Espíritu Santo. Te ruego que tu amor transformador y tu misericordia se derramen sobre esta congregación.

»Que la alabanza y la acción de gracias asciendan hasta Dios, porque tú has escuchado nuestra oración. Señor, creemos en ti. Límpianos de toda mancha de pecado. Límpianos y purifícanos; haz que entendamos lo que significa perfeccionar la santidad en el temor de Dios. Te pido que coloques los pies de aquellos que han estado tropezando en la senda correcta de la negación y el sacrificio.

»Señor, ¿Qué podemos decir? Somos débiles. Necesitamos tu poder. Aceptamos la obra que nos has encomendado. Nos entregamos a ti. Que tu bendición llegue a nosotros y que tu nombre reciba toda la gloria”.